

El gran combate

77

Creación

CLEMENTINA MANDARINA

Estudiante de Creación Literaria, Universidad Central.

24 de junio de 1961

Es mi tercer día siguiendo al cartero.

Empecé sólo porque quería escribir una historia pero ya no sabía de qué; entonces pensé en hacerlo sobre la gente normal, la gente del común.

El lunes de esta semana vi a este hombre y sencillamente supe que era él de quien quería hablar. Debe tener 55 años; es gordo, feo, camina como si estuviera ebrio, parece perezoso y testarudo. Es puntual en su trabajo. Sale de la oficina de correos a las 8 a.m. y vuelve a las 5 p.m. Entrega cartas y sobres, en su mayoría catálogos.

A diario pasa por la misma dirección, golpea insistentemente pero nadie atiende. Además de eso, no hay nada más de lo que deba dejar registro.

27 de junio

Ya sé su nombre: Chinaski. Pasé muy cerca de él, olía mucho a whisky.

Tuvo una discusión con una señora, nada trascendente. Antes de eso, había pasado otra vez por la misma dirección de los días anteriores. Me pareció curiosa su insistencia, así que averigüé si la oficina de correos tiene un límite de intentos de entrega y, efectivamente, el límite son tres veces; sin embargo, el cartero había intentando en esa casa toda la semana.

29 de junio

Ayer fue miércoles. No seguí a este hombre porque tuve una larga reunión con mi grupo de poesía. Esta vez leímos poemas de Céline y fumamos hasta el amanecer.

Quiero saber por qué Chinaski insiste en aquella dirección.

Tengo tres teorías: Primera, puede que en esa casa viva una hermosa mujer con la que el viejo cartero suele acostarse; segunda, quien sea que viva ahí le debe dinero y, con lo mal que debe pagar la oficina de correos, puede que el hombre esté muy necesitado, por eso su insistencia; y la tercera teoría —y la más probable— es que Chinaski esté loco.

Primero de julio

Hoy estuve desde las 6 a.m. frente a la casa que el cartero visita a diario. Su dirección es: 457 W Broadway, St. Idaho Falls.

A las 6:46 a.m. pasó el señor que entrega el periódico y quince minutos después salió de allí un hombre alto, de gafas, barba espesa y blanca, de 61 años aproximadamente, contextura gruesa y pocas arrugas. Tras él se asomó un gato blanco, el hombre lo alzó y entró.

Minutos más tarde se fue en su vehículo. Aproveché para acercarme y detallar la casa. Las puertas estaban cerradas, tenían muchas chapas y, sin embargo, logré entrar por una ventana.

El gato me dio la bienvenida, parecía que quería mostrarme la casa. Era mediana, tenía dos habitaciones, cocina y baño, una gran biblioteca y un minibar con suficiente licor para no salir de allí en meses; todo era atractivo, pero lo que más llamó mi atención fue esa inmensa sala llena de fotografías; pude identificarlo en varias. Al parecer había estado en la guerra, le gustaba el boxeo y el periodismo: había medallas

por doquier, recortes de periódico enmarcados y una que otra instantánea de algún boxeador.

Seguí explorando la casa. Al final del pasillo encontré una bodega, encendí la luz y quedé sorprendido. Era una bodega repleta de armas, pistolas y rifles de toda clase y de todos los tamaños. No parecía que él fuera un asesino; más bien, parecía que esas armas tenían un enorme valor, no para matar sino para coleccionar.

Con esto, no quise saber más de él. Salí de la casa y fui en busca del cartero.

No lo encontré en su zona, tampoco en la oficina de correos. Eran las 2:30 p.m. Aún era temprano y, sin tener nada que perder, fui a buscarlo a su casa, y allí estaba. Ebrio, solo, puede que ni se hubiera bañado o tal vez ni hubiera ido al trabajo. Es increíble la visibilidad que permite una simple ventana. Su casa era un desorden; en el suelo había libros, periódicos, cartas, botellas, ropa, comida, basura y muchas hojas rayadas y sucias.

Salió, como pudo encendió su viejo auto y arrancó. Yo ya había espiado suficientes casas por hoy, así que decidí seguirlo en un taxi. Terminé en un hipódromo, donde no tuve necesidad de esconderme y no fue difícil saber que era un completo perdedor. Bebió tanto que al regresar a su casa estrelló el auto en la entrada. No le pasó nada, pero aun así no salió del vehículo. Supuse que si estaba tan ebrio no recordaría cómo llegó a su cama, así que lo saqué del carro y casi arrastrándolo logré meterlo entre las cobijas.

Encendí una lámpara y vi un paquete que estaba sobre su mesa: eran cartas, muchas cartas amarradas con un caucho. La primera tenía una dirección ya conocida: 457 W Broadway St. Idaho Falls. El sobre estaba abierto, así que la leí:

Cuba, 15 de abril de 1961

Estimado señor Hemingway:

Llevo semanas esperando una respuesta a mis cartas. Ya perdí la cuenta de cuántas veces le he escrito; me siento un poco loca, ¿sabe? Siento que lo necesito, pero no puedo hacer más que escribirle. Sé dónde vive y dónde trabaja, pero me niego a hacer un escándalo en alguno de estos lugares.

¿Por qué no me busca? Usted sabe que me necesita, que su vida después de mí ya no será la misma, que yo soy su solución.

Sé que me desea, lo sé, lo siento, y un día de estos, usted no podrá resistir un momento más sin mí y entonces me buscará. No lo olvide, tarde o temprano caerá rendido en mis brazos, sé que lo hará.

Ya sabe dónde encontrarme.

Lo quiere,

La Señora M.

Entonces caí en cuenta: así que el viejo que vive en esa casa es Hemingway, el famoso periodista y escritor. No supe cómo sentirme en ese momento; soy un buen lector pero nunca había visto una sola fotografía de él.

Y de repente, como si mi mente hubiera atraído las cosas que pensaba, ahí llegaba él. Yo me escondí tras una mesa mientras Hemingway despertaba al borracho. Cuando lo logró, ambos quedaron callados un rato. El primero en hablar fue Chinaski:

—¿De quién se esconde?

—De una mujer —respondió Hemingway—. Es hermosa, ojos brillantes, piernas largas, cabello negro y sedoso. ¡Si usted la viera se enamoraría de ella inmediatamente! —exclamó—. Y usted, ¿por qué me busca? Tengo notificaciones de que ha querido entregarme algunas cartas, pero yo no quiero cartas de nadie, no quiero saber nada.



—Yo la conozco, sé de ella, sé qué hace, qué quiere y por qué lo busca. Dígame señor Hemingway, ¿es la muerte?

—¿De dónde saca usted eso, Chinaski?

—Yo la inventé, yo la escribí, yo decidí que tuviera ese par de piernas, fui yo quien quiso que nadie se le escapara, por eso sé cómo actúa. Venga, mire —iba hablando mientras buscaba algo en medio de varias hojas que había en el suelo—. Esta es una historia mía, es un libro que yo escribí y pienso titular *Pulp*, no me pregunte por qué.

Lea aquí —decía mientras señalaba una hoja—. En esa historia soy Nick Belane, y soy un detective; la muerte y otros clientes llegan a mí y yo les soluciono sus problemas. La muerte me pide que busque a Céline, el escritor, y yo lo hago, le confirmo que es él y entonces ella hace lo suyo. Nadie se le escapa.

—Eso no puede ser cierto; la conocí cuando yo era corresponsal en medio de la Segunda Guerra Mundial; ella se enamoró de mí, nos amamos pero todo terminó mal y desde entonces no hace más que perseguirme... Me estaba volviendo loco, creo que me vigila, por eso salgo temprano de

casa, no quiero encontrármela, no quiero verla nunca y por eso tampoco respondo sus cartas. Pero si algo sé es que ella no es la muerte.

—Vea, señor Hemingway. Yo lo admiro y por eso no quiero que ella llegue hasta usted. Váyase lejos. Yo me quedo con ella, siempre he sido un hombre de piernas, créame, no me van a molestar.

—Usted está loco, Chinaski —dijo mientras se disponía a salir—. Yo me largo.

Pero antes de que Hemingway llegara a la puerta, vi una larga sombra reflejada en el suelo, escuché las pisadas de unos tacones y lo siguiente que vi fue a la mujer más hermosa del mundo, tal como ellos la habían descrito.

—La Señora Muerte —dijo riendo Chinaski—. Vino a acompañar mi noche de tragos, tendré que despedir a mi visita.

—No se haga el gracioso Chinaski. Bien sabe que no vengo por usted, vengo por él —dijo, señalando a Hemingway—.

Hemingway se rio.

—Hola cariño, traje guantes de boxeo para los dos —dijo ella sonriendo.

Lo siguiente que pude ver fue una lluvia de golpes en un ring de boxeo improvisado: *El Gran Combate*. La Señora Muerte vs. Hemingway.

Ella era una gran boxeadora, sabía bien dónde golpear, dónde le dolería más a Hemingway, y visualizaba con rapidez el siguiente golpe. Sin embargo, Hemingway también golpeaba muy bien y no le importaba que fuera una mujer; sus golpes llevaban fuerza y precisión; era ágil, veloz y, sobre todo, parecía que jamás iba a rendirse.

La sangre empezó a manchar el tapete de la sala. Ambos tenían la cara inflamada. —Vas a ir conmigo Hemingway, deja de luchar —dijo ella, casi susurrando.

Él no dijo nada, la vio con ternura y dio un golpe más.

Eran las 3 de la mañana. Hemingway yacía en un rincón y la Señora Muerte en otro. Chinaski había disfrutado de la pelea con varias cervezas y otra vez estaba ebrio. Dejó de tomar y reír y contó: “1, 2, 3...”. La Señora Muerte no se levantó, Hemingway ganó.

Ella lucía moribunda, pero lentamente fue levantándose hasta que por fin pudo recostarse junto a Chinaski. Empezó a besarlo, a abrazarlo y a desvestirlo.

Hemingway ya no estaba. Yo aproveché la situación y me fui sin que nadie lo notara.

Llegué a las 6 de la mañana a mi casa.

2 de julio

Dormí todo el día. A las 6 de la tarde encendí el televisor. El titular de las noticias me dejó pasmado. *Doble luto en la literatura*. Ayer, primero de julio de 1961, había muerto Louis Ferdinand Auguste Destouches, más conocido por su seudónimo Louis-Ferdinand Céline, y hoy, dos de julio de 1961, fue encontrado muerto en su casa Ernest Miller Hemingway; al parecer fue un suicidio.

Ya no seguiré más al cartero.

Finalmente, yo, Arturo Belano, ya he encontrado mi historia. ■■